



Narrativas auras y virreinales de la enfermedad

El Barroco y sus enfermedades sociales: odio, violencia y psicopatía en los *Desengaños amorosos* (1647) de María de Zayas.

Recibido: 30 de setiembre.

Aprobado: 15 de octubre.

Robin Ann Rice
niborecir@hotmail.com

Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (México)

RESUMEN:

Importantes estudiosos de la historia intelectual y de la vida cotidiana han hecho revisiones meticulosas de documentos de archivos y otra literatura para llegar a la conclusión de que el Barroco español fue una época de crisis y cambios dramáticos sociales. Todo esto conllevó a un ambiente generalizado de violencia y comportamientos antisociales que condujeron a crímenes, la creencia en lo sobrenatural, la adicción a los juegos de azar, obsesión por el honor, títulos nobiliarios, dinero, la castidad femenina y pasiones desbordadas. Mi tesis es que María de Zayas reflejó estas cuitas sociales en su colección de novelas enmarcadas *Desengaños amorosos* de 1647. Por medio de un estudio que alterna la revisión de estudios histórico-sociológicos sobre el Barroco con un examen cuidadoso de las *novellas* de la colección, compruebo que De Zayas captó los problemas sociales más identificados de la época.

Palabras clave: Barroco, violencia, psicopatía, María de Zayas,

The Baroque and its Social Ills: Hate, Violence and Psychopathy in *Tales of Disillusion* (1647) by Maria de Zayas

ABSTRACT:

Important researchers in Intellectual History and Everyday Life have meticulously reviewed archive documents and other sources so as to conclude that the Spanish Baroque was an age of crisis and dramatic social change. All of this culminated in a general ambient of violence and anti-social behavior that lead to crimes, belief in the supernatural, addiction to gambling, and an obsession with honor, aristocratic



titles, money, female chastity and excessive passions. My thesis is that Maria de Zayas reflected these social sorrows in her collection of framed novellas *Tales of Disillusion* from 1647. By means of a study that alternates between revisions of Baroque historical-sociological studies and a careful examination of the collection's *novellas*, I prove that De Zayas has set in writing the most identified social problems of the epoch.

Key Words: Baroque, violence, psychopathy, Maria de Zayas,

Las prácticas de la vida cotidiana de una época, se conocen por medio de documentos históricos que desglosan crímenes, impuestos, protestas civiles, enfermedades, y por medio de las obras de arte que son un sorprendentemente espejo fiel de lo imaginario colectivo de una época. Pues, las manifestaciones artísticas son, a veces, retratos palmarios de los traumas sociales, los complejos, las obsesiones de un tiempo. Los especialistas en la vida cotidiana del Barroco han tipificado esta sociedad como una que está en crisis y ésta fomentó una psicopatía generalizada. El mapa de alto relieve de la sociedad barroca es de enfermedad: económica, moral, sociológica, familiar y psicológica, que se injertaron en las prácticas sociales en forma de violencia, la creencia en lo sobrenatural, la adicción a los juegos de azar, obsesión por el honor, títulos nobiliarios, dinero, la castidad femenina y pasiones desbordadas.

Si fuera otra cultura y no la barroca española, sería ingenuo estudiar las imágenes de la psicopatía en la literatura imaginativa. Pero, los perfectamente dibujados personajes en las *novellas* de María de Zayas, reunidas bajo el título de *Desengaños amorosos*, son retratos fidedignos de traumas sociales que se han documentado históricamente en la España del Barroco. Las historias cuentan persecuciones crueles y abusos deplorables cometidos a mujeres virtuosas, llevados a cabo por una sociedad decadente (Rhodes, 2011, p. 4). María de Zayas prometió contar historias sobre la desilusión y el desengaño que desencadenaron las relaciones entre hombres y mujeres y lo cumplió cabalmente. La desilusión y el desengaño saturaron la cultura de la generación de la autora y eran una obsesión aparentemente única al barroco español (Rhodes, 2011, p. 5). Un reinado que



entró en bancarrota dos veces a causa de las guerras constantes y costosas que declaró España para mantener un imperio precario, una clase aristocrática desprestigiada y sobrepoblada comparada con el resto de Europa, la misoginia, la Inquisición y una decadencia que dejó las relaciones interpersonales en graves apuros, eran las caudas y los síntomas de un psicopatía colectiva. Por medio de un análisis de ciertas novelas claves de los *Desengaños amorosos*, pretendo comprobar que el odio, la violencia y la psicopatía, figurados en los protagonistas, son reflejos de un estado de ánimo colectivo. Es decir, hay una circularidad entre la literatura imaginativa y la realidad histórica: el arte imita la vida y la vida, el arte. Primero, propongo una revisión del perfil psíquico español de la época. Después, haré una correlación entre las características predominantes de este perfil sociológico y los temas destacados y recurrentes en las novelas de María de Zayas para enseñar que las psicopatías de los protagonistas son un espejo de anomalías presentes en la sociedad en general. Las categorías de análisis que correlacionaré entre la vida cotidiana española barroca y las *novellas* son: la violencia exacerbada rampante, lo sobrenatural, el amor como un conglomerado de obsesión, odio, enfermedad y locura, y algunas tendencias costumbristas en las historias que subrayan problemas de la época como son la ludopatía, el honor acomplejado, y las malas costumbres de los hombres.

Odio, violencia y psicopatía en el mundo barroco:

El Barroco fue una época de profunda crisis que Maravall ha atribuido a varios factores como la alteración de valores, reflejada concretamente en ciertos comportamientos, el desequilibrio social causado por esta alteración, el malestar e inconformidad expresados por el desequilibrio y las nuevas relaciones y vínculos que estos cambios avivaron (Maravall, 1998, pp. 66-67). La sociedad del Barroco, “regid[a] por la inadaptada clase de nobleza tradicional, [...] que no está a la altura del tiempo, [...] [u]na clase [...] incapaz de buscar su enriquecimiento por medios propiamente económicos” (Maravall, 1998, pp. 80-81), sufrió por este vacío de un



liderazgo legítimo. Los nobles vivían de la corte, incapaces de sostenerse a sí mismos. En 1619, el Consejo Real exhortó a Felipe III a ordenar a la gente, parásitos de la corte, a que se volviera a sus tierras (Maravall, 1998, p. 209). Era peor en tiempos de Carlos II, pues en una relación, un embajador veneciano escribió: “Apenas hay persona que no viva de la hacienda del rey o que si faltasen las pensiones regias, se pudiesen mantener con sus propias rentas” (Maravall, 1998, p. 85, n. 51). En síntesis, el Barroco era una época en que “en todas las esferas de vida colectiva, se ve arrastrada por fuerzas irracionales, por la apelación a la violencia, la multiplicación de crímenes, la relajación moral” (Maravall, 1998, p. 128).

Después de cuatro grandes pestes, desapareció una cuarta parte de la población y la primera mitad del XVII estuvo marcada por la miseria y el hambre (Maravall, 1998, p. 309). Este siglo de desengaño, pesimismo y desilusión, también es caracterizado por la locura y el *topos* del “mundo al revés”. Hay testimonios que “denuncian la agresividad y violencia del ser humano [...] Violencia pública, social, en las guerras, en las prácticas penales de la época, en los homicidios, robos y demás desafueros que se cometen a diario; violencia en la relaciones privadas, interindividuales” (Maravall, 1998, p. 332). Creó una especie de “conciencia de la violencia y hasta la aceptación del hecho de la misma, que llegó a inspirar una estética de la crueldad” (Maravall, 1998, p. 336).

Si bien es cierto que hubo un deseo exagerado de experimentar los altibajos emocionales de la violencia y palabras como “irracional, irreal, fantástico, complicado, oscuro, gesticulante, desmesurado, exuberante, frenético,” (Maravall, 1998, p. 421) dominaron las descripciones de la vida, también, paradójicamente, hubo una ausencia de sentimientos positivos interpersonales, según los documentos de la época. En otro ejemplo de la relación recíproca entre la vida y el arte, si las palabras “furor”, “arrebataamiento”, “fuera de sí” ocuparon las páginas de la literatura, “[e]n medio quedaba el estado de esos españoles del XVII de los que los economistas nos han dicho que andaban fuera del orden natural, alocados,



embelesados, en un estado de furor [...] parejo al que describen los poetas” (Maravall, 1998, p. 434). Incluso, este estado exaltado está documentado en los medios de comunicación:

La extravagancia, el frenesí que lleva del crimen inconcebible a la milagrería más disparatada, [se relataron en] los *Avisos* españoles [en que] insertan los más extravagantes e inverosímiles relatos de apariciones, violencias, muertes, milagros, etc., respondiendo a una atmósfera mental (Maravall, 1998, pp. 461-462).

En fin, el clima que vivieron los habitantes de la España del siglo XVII era de inestabilidad, paradojas, violencia, carencias físicas y emocionales y de un frenesí.

María de Zayas:

En 1637, María de Zayas publicó su colección de novelas enmarcadas, *Novelas amorosas y ejemplares*, en la cual casi todas las historias tienen un final feliz y Lisis, una de las protagonistas de la narración que enmarca las novelas¹, tiene intenciones de casarse con su amado don Juan. Al final de las *Novelas amorosas y ejemplares*, Lisis se había enfermado gravemente porque estaba enamorada de don Juan pero él estaba enamorado de otra. Diez años más tarde en 1647, la autora editó otra colección de *novellas* enmarcadas, intitulada, *Desengaños amorosos* que la autora empezó con una “Introducción” que narra:

Para el primero día del año quedó, en la Primera Parte de mi ‘Entretenido Sarao’, concertadas las bodas de la gallarda Lisis con el galán Diego, tan dichoso en haber merecido esta suerte, como prometían las bellas partes de la hermosa dama, y nuevas fiestas para solemnizarlas con más aplausos (De Zayas, 1993, p. 115).

Al inicio de los *Desengaños amorosos*, Lisis está recuperada y resignada con su boda con don Diego pese a que don Juan había sido ese I que amaba. Están en tiempo de Carnestolendas, y ella propone una fiesta en que todos cuentan una historia verdadera sobre algún desengaño amoroso. Al final de las tres noches de

¹ Lisis es un personaje en la instancia narrativa extradiegética que se dirige al público y enmarcan las *novellas*. Las *novellas* enmarcadas forman el universo diegético o intradiegético (Genette, 1980, pp. 228-229).



fiesta durante las cuales se entretendrían con las historias, Lisis se casaría con don Diego.

Pero, la colección no termina tan felizmente. En la narración extradiegética, Lisis decidió no casarse con don Diego y optó por entrar en un convento. Al contrario de las historias de 1637, las de 1647 terminan en tragedia con esposas mutiladas, acuchilladas, y las que no, escogen el convento como final feliz para escaparse de la violencia doméstica. El matrimonio es una aventura peligrosa en el mundo de De Zayas pues, siete de las nueve esposas virtuosas terminan asesinadas, seis a manos de sus esposos y las dos otras que no fallecen apenas sobreviven los asaltos por parte de sus maridos o de sus familiares. Una evade la tragedia gracias a la intervención de la Virgen María (Rhodes, 2011, p. 35). Algunas oraciones se repiten en el texto y subrayan lo trágico. Primero, todo el escrito está recalcado por la realidad. En muchas de las historias, De Zayas incluyó fechas exactas, lugares geográficos y nombres de personajes históricos que intervinieron en los sucesos. La historicidad es acentuada cuando la autora implícita insistió que las historias sirven un propósito pedagógico para que las mujeres aprendan de ellas para evitar los errores de sus antepasados. La mayoría de los críticos declaran que el contenido de las historias es realista y profesan la creencia de que De Zaya ha descrito con una alta fidelidad la vida de la España del siglo XVII (Rhodes, 2011, p. 83). Las *novellas* son glosas de situaciones históricas documentadas: las mujeres estaban en peligro y que abundaron matanzas por cuestiones de honor. Para ejemplificar esto, las tablas históricas de demandas por divorcio de Gil, llevadas al Tribunal diocesano de Barcelona entre 1564 y 1654, demostraron que 70% de las quejas de mujeres contra sus esposos por divorcio fueron por crueldad, abuso físico, amenazas de muerte o intentos de asesinato (Rhodes, 2011, pp. 84-85). En efecto, los investigadores consideran la ficción de De Zayas como una de las primeras crónicas de la violencia doméstica en la época temprana moderna. También, hay una queja generalizada sobre la insistencia masculina de castrar a las mujeres para que no aprendan a leer,





escribir o ejercer su poder. Y, por fin, la autora implícita se ha cansado de los autores de la época que se mofan de las mujeres en sus obras.

Violencia:

Hubo en la época temprana moderna española una violencia generalizada y extendida con énfasis en víctimas que eran mujeres y niños. Las jerarquías dentro de la familia y el estado reforzaron la violencia cometida contra mujeres como una parte del sistema de honor masculino. Instigada por transgresiones percibidas contra el honor del esposo y parientes masculinos o contra la jerarquía familiar por parte de hijos transgresores, la violencia lícita por castigo era un fenómeno cotidiano (Ruiz, 2001, p. 166). Los sirvientes, dependientes, nativos del Nuevo Mundo y esclavos habían pasado por un proceso de feminización y los trataron como niños. Las mujeres, los niños y este gran grupo feminizado de subordinados, todos desapoderados, no podían escapar la coacción de maridos, padres y amos sin incurrir las repercusiones violentas o aun la muerte (Ruiz, 2001, p. 166). Creció dramáticamente la delincuencia y algunos testimonios citaron: “Muertes violentas tenemos cada día, además de las enfermedades, que este año han sido tantas que [...] tal cosa nunca se ha visto en Madrid” (Maravall, 1998, p. 257). Otros textos rezaron: “no hay mañana que no amanezcan o heridos o muertos [...] casas escaladas o doncellas y viudas llorando violencias y robos” (Maravall, 1998, pp. 257-258).

La violencia en De Zayas está representada vívidamente, con lujo de detalle, utilizando una especie de narrativa *ad oculos*. La violencia parece ser excesiva y cuidadosamente descrita. Además, la violencia es cometida contra la esposa, la novia, la hermana y normalmente a causa de murmuraciones infundadas o mentiras descaradas de personas desconfiables. El tipo de violencia es amplio e incluye el encierro en lugares inhóspitos, ser desterradas y por medio de la violencia psicológica vía las murmuraciones falsas y extendidas de agravios que han cometido contra la mujer tales como la violación, envenenamientos, violaciones como castigo, desangramientos, matanzas por hambre.



Para ejemplificar las crueldades cometidas, se citarán algunos casos. En “El verdugo de su esposa”, una mujer inescrupulosa, Angeliana, se enamoró de don Pedro e inventó mentiras sobre su esposa, la honesta Roseleta. Sin intentar averiguar la verdad, el hombre desconfió de su Roseleta y la acechó por más de dos meses.

En este tiempo, Roseleta cayó mala de achaque de un mal o aprieto de garganta, de que fue necesario sangrarla, como se hizo. Y esa misma noche el ingrato y cruel marido, después de recogida la familia, viendo que Roseleta dormía, le quitó la venda de la sangría, y le destapó la vena, por donde se desangró, hasta que rindió la hermosa vida a la fiera y rigurosa muerte (De Zayas, 1993, p. 221).

La narrativa está repleta de una retórica hagiográfica y se nota ésta en el desangramiento de Blanca, en “Mal presagio casar lejos”. En este caso, son varios hombres que decidieron su castigo y cuatro hombres están presentes cuando la matan: el suegro, el esposo, el sangrador y otro, que es el amante de su esposo y había inventado la mentira fatal sobre Blanca. La mujer sabe que la van a ejecutar y está a la espera del momento:

Así estuvo hasta cerca de mediodía, que como los príncipes, padre e hijo, se vistieron, luego quisieron ejecutar la sentencia contra la inocente corderilla [...] Y entrando los dos con su sangrador y Arnesto, que traía dos bacías grandes de plata [...] sin hablar a doña Blanca palabra, ni ella a ellos, [...] la abrieron la venas de entrambos brazos, para que por tan pequeñas heridas saliese el alma, envuelta en sangre, de aquella inocente víctima, sacrificada en el rigor de tan crueles enemigos (De Zayas, 1993, p. 363).

En cierto momento, a su marido le da tristeza verla morir, y su padre le reviró: “Calla, cobarde, traidor, medio mujer, [...] si no tienes valor, repara tu flaqueza con quitarte de delante. Salte fuera [...] que mal se defenderá ni ofenderá a los hombres quien desmaya de ver morir una mujer” (De Zayas, 1993, p. 363). La retórica hagiográfica se aprecia cuando está muerta porque es más hermosa muerta que viva y tiempo después cuando quieren llevar su cuerpo a España, está tan fresca y bella como si acabara de morir.



Asimismo, hay crueldades más extendidas. Por una mentira calculada, Jaime castigó su esposa, Elena, porque pensaba que lo engañaba. La condena es descrita por unas visitas de esta manera:

La mujer que por la pequeña puerta salió parecía tener hasta veinte y seis años, tan hermosísima, con tan grande extremo, [...] mas tan flaca y sin color, que parecía más muerta que viva, o que daba muestras de su cercana muerte. No traía sobre sus blanquísimas y delicadas carnes sino un saco de una jerga muy basta, y éste le servía de camisa, faldellín y vestido, ceñido con un pedazo de sogá. Los cabellos, que más eran madejas de Arabia que otra cosa, [...] Traía en sus hermosas manos [...] una calavera. [...] y como llegó cerca de la mesa, se entró debajo de ella (De Zayas, 1993, p. 236-237).

Habían inventado una falsedad sobre Elena y su primo. Y el cruel esposo que creyó todo sin averiguar bien, reaccionó de esta manera: “Lo primero que hice, ciego de furiosa cólera, en llegando aquí, fue quemar vivo al traidor primo de Elena, reservando su cabeza para lo que habéis visto, que es la que traía en las manos para que le sirva de vaso en que beba los acíbares” (De Zayas, 1993, p. 249). Pese de haber descubierto su inocencia, no se pudo hacer nada porque un día “vio a la desgraciada dama muerta echada sobre unas pobres pajas, los brazos en cruz sobre el pecho, la una mano tendida, que era la izquierda, y con la derecha hecha con sus hermosos dedos una bien formada cruz” (De Zayas, 1993, p. 252). Después, también la autora describe a la mujer con términos hagiográficos.

En “La inocencia castigada”, después de haber sido perseguida por un mozo enamorado locamente de doña Inés, una mujer casta y casada, el marido y los cuñados torturaron calculadamente a la mujer. Primero, la encerraron en un hueco sin ventanas y sin espacio para sentarse y después de seis años en este estado, la descubrió una vecina cuando la había escuchado llorar. Cuando encontraron a la mujer, estaba deshecha:



Aunque tenía los ojos claros, estaba ciega, [...] Sus hermosos cabellos, [...] enredados y llenos de animalejos, que de no peinarlos se crían en tanta cantidad, que por encima hervoreaban; el color, de la color de la muerte; tan flaca y consumida, que se le señalaban los huesos, como si el pellejo que estaba encima fuera un delgado cendal; desde los ojos hasta la barba, dos surcos cavados de las lágrimas, que se le escondía en ellos un bramante grueso; los vestidos hechos ceniza, que se le veían las más partes de su cuerpo; descalza de pie y pierna, que de los excrementos de su cuerpo, como no tenía dónde echarlos, no sólo se habían consumido, mas la propia carne comida hasta los muslos de llagas y gusanos, de que estaba lleno el hediondo lugar (De Zayas, 1993, p. 287).

Desde el inicio, tenía el aval del Regidor y del Arzobispo de su inocencia, pero a su familia le desagradaban las murmuraciones y por su honor, la tenía como muerta para protegerse. Al final, se refugió en un convento.

Entre las historias más crueles y violentas es “Mal presagio casar lejos”. Un gran señor de España dejó huérfanos a cuatro hijas y un hijo. La mayor de ellas se casó con un portugués. El portugués quería deshacerse de ella y mandó una carta a su esposa firmando el nombre de otro caballero. Cuando el paje dio la carta engañosa a la mujer y ella empezó a leerla, irrumpió el portugués cruel en el cuarto y mató a su esposa y al paje. Otra hermana se había casado con un italiano y tuvieron un niño. Un día, ella alabó un capitán español pero sin malas intenciones. Se enloqueció el marido y entró mientras ella estaba lavando la cabeza: “con sus propios cabellos, [...] le hizo lazo a la garganta, con que la ahogó, y después mató al niño con un veneno, diciendo que no había de heredar su estado hijo dudoso” (De Zayas, 1993, pp. 338-339).

Entre los protagonistas de la violencia doméstica, no están exentas las agresiones por parte de los hermanos hacia sus hermanas. Las vigilan celosamente, las acechan y, a veces, asesinan a ellas y a sus novios. Don Alonso odiaba al caballero que pretendía a su hermana doña Mencía porque, a pesar de su estado honesto y acaudalado, sus ancestros habían sido labradores. Un día descubrió que su hermana y don Enrique habían estado conversando. Alonso



mandó un sacerdote a ir a confesar a su hermana e “Ido el sacerdote, don Alonso tornó a entrar donde estaba la desdichada dama, y dándola tantas puñaladas cuantas bastaron a privarla de la vida” (De Zayas, 1993, p. 381). El hermano no desistió de su violencia y fue a buscar a Enrique con un amigo: “de dos estocadas que a un tiempo le dieron, le tendieron en el suelo, y, caído, le dieron veinte y dos puñaladas, y dejándole casi muerto, se pusieron en fuga,” (De Zayas, 1993, p. 383). Eventualmente, don Alonso se casó con doña Ana y le fue tan mal como a la hermana de su verdugo. Como en muchas de las historias, los hombres psicópatas necesitan constantemente la novedad. Después de poco tiempo, don Alonso se cansó de doña Ana y decidió matarla. Con un amigo, la convencieron de salir al campo con ellos:

Estando la descuidada doña Ana comiendo de la empanada, fingiendo don Alonso levantarse por algo que le faltaba, se llegó por detrás, y con un cuchillón grande que él traía apercebido, y aquel día había hecho amolar, le dio en la garganta tan cruel golpe, que le derribó la cabeza sobre la mesa (De Zayas, 1993, p. 394).

Estas escenas de crueldad desmedida son frecuentes en todas las historias. Pero, cuando los hombres se vuelven ciegos con furia, hay episodios aun más sangrientos.

En la penúltima *novella* de la colección, “Estragos que causa el vicio”, don Dionís y Florentina planean engañar a la esposa de éste, doña Magdalena. Para que Dionís pueda matar sin reclamos a su esposa, él y Florentina maquinan una escena en qué saldría deshonrada doña Magdalena. Aun a sabiendas que es una trampa y que su esposa no le había traicionado, el hombre pierde furiosamente los estribos y causó los siguientes estragos humanos:

Lo primero que hallaron fue, a la puerta de un aposento que estaba al pie de la escalera, dos pajes en camisa, dados de puñaladas, y subiendo por la escalera, una esclava blanca, herrada en el rostro, a la misma entrada de un corredor, de la misma suerte que los pajes, y una doncella sentada en el corredor, atravesada de una estocada hasta las espaldas, que, aunque estaba muerta, no había tenido lugar de caer, como estaba arrimada a la pared; junto a ésta estaba



una hacha caída, como que a ella misma se le había caído de la mano. Más adelante, a la entrada de la antesala, estaba don Dionís, atravesado en su misma espada, que toda ella le salía por las espaldas, y él caído boca abajo, pegado el pecho con la guarnición, que bien se conocía haberse arrojado sobre ella, desesperado de la vida y aborrecido de su misma alma (De Zayas, 1993, p. 482).

La escena continúa con más muertos que incluyen su esposa, doña Magdalena, y su amante, con la cual se quería casar.

Los historiadores han indicado que el Barroco era una edad de violencia excesiva. Como en cualquier sociedad, las mujeres, los niños y los otros afeminados sufren las consecuencias de estas enfermedades psicopáticas. María de Zayas ha optado por un retrato costumbrista de los peligros del amor y sus personajes reúnen características psicopáticas: son soberbios, arrogantes, indolentes, dominantes, superficiales y manipulativos. Pierden fácilmente los estribos y no son capaces de formar relaciones afectivas. Además, como los personajes masculinos de *Engaños amorosos*, no sienten culpabilidad o ansiedad por sus actos violentos y crueles (Hare, 1999, p. 183).

Sobrenatural:

En el Barroco, vemos las últimas manifestaciones de la cultura mágica del Renacimiento. Las aficiones del Barroco se dilatan en el arte y son reflejadas en el “gusto por lo difícil” (Maravall, 1998, p. 453) y las obras que encarnaron este gusto con las “cualidades de novedad, rareza, invención, extravagancia, ruptura de normas” (Maravall, 1998, p. 453). Y posiblemente, este apetito por lo nuevo, da auge al interés en lo monstruoso, lo mágico y lo sobrenatural: “Lo extraño, lo extraordinario, lo que se sale de lo normal” (Maravall, 1998, p. 459) quizás llamaron tanta la atención por ser como válvula de escape para el pueblo español que vivía “bajo las tendencias represivas del absolutismo monárquico” (Maravall, 1998, p. 459). Para captar la voluntad, se recurrió a la novedad y a lo extravagante “que lleva del crimen inconcebible a la milagrería más disparatada” (Maravall, 1998, pp. 460-461). Hablan en los sucesos portentosos de la época de “casos



prodigiosos”, “portentos y casi milagros” (Maravall, 1998, p. 462): “Un jesuita cuenta que la gente se sintió arrastrada a esperar novedades mágicas por la aparición de unos ‘arreboles” (Maravall, 1998, p. 462). En pleno siglo XVII, la magia y la hechicería se transformaron en brujería (Maravall, 1998, p. 462).

En algunas historias, la respuesta femenina a la violencia masculina es un acto o una manifestación sobrenatural. En “La más infame venganza”, Camila es una mujer honesta y casta. Carlos, su marido, se burló de la honestidad de Octavia ya recluida en un convento. Para vengarse de Carlos, el hermano de Octavia, Juan, decidió violar a Camila para lastimar el honor de Carlos. Camila no le daba concesiones para cumplir con sus deseos bajos y, por esto, Juan se travistió de mujer para poder entrar en la alcoba de Camila y violarla. Luego, empezó a pregonarlo por todo el pueblo para ofender a don Carlos. Para proteger a su honor, don Carlos decide matar a Camila:

[R]einó en Carlos el demonio y la dio un veneno para matarla [...] fue el caso que no la quitó el veneno luego la vida, mas hinchóse toda con tanta monstruosidad, que sus brazos y piernas parecían unas gordísimas columnas, y el vientre se apartaba una gran vara² de la cintura; sólo el rostro no tenía hinchado. Nunca se levantaba de la cama, y en ella estaba como un apóstol, diciendo mil ejemplos y dando buenos consejos a sus criados (De Zayas, 1993, p. 195).

Vivió seis meses así y, por fin, murió.

En “La inocencia castigada”, don Diego, un hombre tan acaudalado como enloquecido por su amor de doña Inés, una mujer casta y casada, recurrió a la magia para atraparla. Supo Diego de “un moro, gran hechicero y nigromántico” (De Zayas, 1993, p. 276) y lo va a buscar para “obligar con encantos y hechicerías a que le quisiese doña Inés” (De Zayas, 1993, p. 276). El nigromántico agareno tardó tres días en hacer una imagen tan fiel al cuerpo y al rostro de doña Inés que parecía que fuera ella salvo que la imagen era de una vara. En la cabeza de la efigie, había una vela de cera verde:

² Una vara equivale a casi un metro.



La figura de doña Inés estaba desnuda, y las manos puestas sobre el corazón, que tenía descubierto, clavado por él un alfiler grande, dorado, a modo de saeta, porque en lugar de la cabeza tenía una forma de plumas del mismo metal, y parecía que la dama quería sacarle con las manos, que tenía encaminadas a él (De Zayas, 1993, p. 276).

Las instrucciones del mago eran de poner la efigie sobre un bufete. Cuando quería que doña Inés llegara a su cama, nada más tenía que encender la vela y ella llegaría en estado de trance a sus brazos. La vela se apagaría sola y doña Inés se retiraría del aposento. Don Diego estaba tan pasmado de la figurilla que si fuera más grande de tamaño, se quedaría contento con poseer nada más la estatua en lugar de la mujer de carne y huesos.

Un género de aspectos sobrenaturales tienen que ver con una retórica hagiográfica. La violencia termina en una muerte con signos milagrosos. En el caso de doña Mencía, cuando llegó a buscarla su amado Enrique:

Llegó a la reja y paso tocó en ella, y apenas puso en ella la mano, cuando las puertas se abrieron con grandísimo estruendo, [...] miró por ver que en el pequeño retrete había gran claridad, [...] [de] una luz que sólo alumbraba en la parte de adentro, sin que tocase a la de afuera. [...] vio al resplandor de ella a la hermosa dama tendida en el estrado, mal compuesta, bañada en sangre, que con estar muerta desde mediodía, corría entonces de las heridas, como si se las acabaran de dar, y junto a ella un lago del sangriento humor (De Zayas, 1993, p. 382).

En otra, “El traidor contra su sangre”, el cadáver de una mujer honrada y decapitada por su marido demostró signos de santa. Él escondió la cabeza y después de seis meses, la justicia fue a recuperar la cabeza enterrada y la sacó “tan fresca y hermosa como si no hubiera seis meses de que estaba debajo de tierra” (De Zayas, 1993, p. 398).

Costumbrismo o los males de una época:

Las psicopatías o costumbres malsanas son muy marcadas tanto en los retratos históricos del Barroco como en la literatura. Entre estos males del siglo, se



destacaron la afición a las cartas y a los juegos. Pero la ludopatía era más que un pasatiempo inocuo, los documentos del tiempo describen un escenario en que las familias perdieron toda su hacienda por este entretenimiento. El honor y las preocupaciones por las murmuraciones toman un lugar protagónico en la psique colectiva. El miedo de perder el prestigio social ya peligrado o casarse sin beneficio económico se volvió una manía. También, hubo quejas generalizadas de los hombres afeminados. El amor es una enfermedad y normalmente su asociación con el odio es demasiado cercana. Los estados sobresaltados de coraje, enojo, odio son comunes y, hasta cierto punto, también, van de acuerdo con la mentalidad barroca.

Juegos de azar:

Como dictaminó Maravall: “En la España del XVII se da un incremento morboso de toda clase de juegos de azar, pero en especial del juego de naipes” (Maravall, 1998, p. 394). Esta mentalidad del juego va de acuerdo con “[l]a moral casuística, la política maquiavélica, la economía de las ganancias en el gran comercio, las incipientes especulaciones bursátiles, la técnica del *trompe-l’œil* en el artista, la guerra entre príncipes, [...] son juego” (Maravall, 1998, p. 393).

Los juegos se vuelven sintomático del caos y del mal en las novelas de De Zayas. En más de una docena de episodios, hay menciones de juegos y cartas cuyas prácticas se acompañan con la violencia, el fanatismo y el delirio. En un relato, atribuyeron los males de un hombre a los juegos: “había dado en andar distraído con mujeres y juegos, y lo cierto de todo, que no tenía amor” (De Zayas, 1993, p. 158). En muchos otros, los juegos arruinan haciendas y a familias:

Don Juan, como supo la muerte de sus padres, y que ya no tenía freno a sus travesuras, vino luego a Milán, más cursado en juegos y mujeres que en sus estudios, que como no los seguía de voluntad, mas de por la fuerza que le hacía su padre, no había aprovechado nada en ellos, mas de en acabar parte de la hacienda que había, y arrojando los hábitos y libros, empezó a gastar la que había quedado (De Zayas, 1993, p. 179).



En otras ocasiones, además de despilfarrar la hacienda, roban “las galas de [la] esposa, vendiendo unas para el sustento y jugando otras” (De Zayas, 1993, p. 392). Además, durante sus jolgorios, matan a sus adversarios y tienen que huir de la justicia, deambulan por las calles en la madrugada dando voces por haber salido de las casas de juego, participan en galanteos, viven de sus padres sin hacer nada más que “jugando y visitando mujeres” (De Zayas, 1993, p. 386), frecuentan personas como “un hombre perdido y vicioso, tanto de glotonerías como en lo demás” (De Zayas, 1993, p. 386). En una demostración dramática de la asociación del juego con la maldad, baste el ejemplo de un padre cruel que nada más le importaba que su hijo, tan sádico como él, se casara con una dama acaudalada. Llegaron las noticias del asesinato de su nuera por parte de su hijo y de la ejecución de su hijo por la ley:

Fueron estas nuevas a Sevilla, a su padre, [...] estaba jugando con otros amigos, [...] tomó los naipes, y barajándolos, dio cartas a los demás y las tomó para sí; y poniéndose muy despacio a brujulearlas, dijo:

--Más quiero tener un hijo degollado que mal casado.

Y se volvió a jugar, como si tales nuevas no hubiera tenido (De Zayas, 1993, p. 398).

En De Zayas, las cartas y juegos son símbolos de la disolución moral de la persona y de la sociedad. Destruyen las buenas costumbres y a las familias.

Honor, títulos, dinero y castidad:

El honor o falso honor y los títulos nobiliarios disminuidos son conceptos escurridizos pero vitales en la época:

[L]a razón del Barroco se encuentra en el estado de una sociedad aristocrática decaída, desvitalizada, penetrada de elementos alógenos, plebeyos, que trata procurarse un alimento que la tonifique, en un arte que le presente sus viejos ideales y valores, y de ahí, ese revivir de formas medievales que responderían a una sociedad efectivamente privilegiada (Maravall, 1998, p. 76).

Para contrarrestar este ataque metafísico, tenía que aferrarse ferozmente a su honor y títulos. La autora implícita en *Los desengaños amorosos*, se quejó del



abuso rampante del uso del vocablo “don”. Las tensiones producidas por esta aristocracia en peligro de caer a menos “afectan a la relación de nobles con pecheros, de ricos y pobres, de cristianos viejos y conversos, de creyentes y no creyentes, de extranjeros y súbditos propios, de hombres y mujeres,” (Maravall, 1998, p. 108). Esta afectación conlleva a “[m]otines, alborotos, rebeliones de gran violencia [...] por todas partes” (Maravall, 1998, pp. 108-109). En la época moderna temprana española del siglo XVII: “se producen manifestaciones xenófobas que los gobernantes temen; se escuchan las primeras voces femeninas inconformistas; se incrementan la prostitución y el juego” (Maravall, 1998, p. 111).

El Consejo Real criticó “la ley abrumadora de la ostentación” (Maravall, 1998, p. 251) en que vivía la gente en Madrid y las otras ciudades grandes. Se quejó que se rigen por la “ley de la opinión” (Maravall, 1998, p. 251) y por esto, su tendencia de gobernarse por las murmuraciones. Un casamiento con una mujer noble pero sin hacienda molestaba a la aristocracia. La igualdad tributaria “erosiona el concepto tradicional de nobleza. La venta de títulos, hidalguías y encomiendas acentúa la caída de los valores de la vieja sociedad, dando mayor relieve a los valores económicos” (Maravall, 1998, p. 287).

El sistema fiscal que privilegiaba la aristocracia con inmunidad no podía soportar las constantes guerras. Las masas empobrecidas y fiscalmente sobrecargadas tampoco podían con las deudas del gobierno. Los ingresos del Nuevo Mundo eran mucho más ínfimos que los impuestos recaudados a los campesinos castellanos (Ruiz, 2001, p. 26). Los hidalgos, uno de los grupos nobiliarios más plebeyo, tuvo que trabajar la tierra para sobrevivir. No obstante, guardaron celosamente los últimos vestigios de su nobleza y colgaron sus escudos de armas en la fachada de sus casas rústicas. A la vez, recelaron y cuidaron su estado nobiliario devaluado contra los arribistas sin títulos (Ruiz, 2001, pp. 74-75). La nobleza retratada en *De Zayas* es precisamente esta clase en peligro de caer en la ignominia clasista. Era una especie de prototipo para una clase media masiva: solamente 2.9 % de la nobleza era de las altas categorías



(Rhodes, 2011, p. 28). Ésta es solamente una parte de la creación de una sociedad fanática que era increíblemente violenta, supersticiosa, y dada a excesos espirituales que ostentaban de forma hipócrita. Familias enteras, y, en particular los hombres, se obsesionaron por el “honor” mientras observaban su sistema de castas decaerse. La decadencia de la gama baja nobiliaria causó la crisis social de la época: Acciones irresponsables por parte de la nobleza degenerada contra las víctimas produjeron un déficit en la economía textual de responsabilidad (Rhodes, 2011, p. 31).

María de Zayas retrató estos problemas vívidamente. En varias historias, las protagonistas no son ricas pero sus parientes vistieron el hábito de Santiago. Un gran porcentaje de la violencia es a causa de murmuraciones. Los asesinatos de mujeres inocentes, por “honor”, por las murmuraciones son frecuentes. También, la pobreza es una falta incurable que justifica una muerte cruel.

De Zayas dibujó al hombre como cobarde y fanfarrón. En los documentos históricos, clamaron el grave peligro por “la gente toda tan regalada y afeminada”, otro autor señaló como causa de la penosa situación del país “los regalos y afeminaciones” (Maravall, 1998, pp. 93-94). Otro criticó: “los hombres convertidos en mujeres, de soldados en afeminados, llenos de tufos, melenas y copetes y no sé si de mudas y badulaques de los que las mujeres usan” (Maravall, 1998, p. 94). Suárez de Figueroa estaba preocupado por:

los mocitos cortesanos e inútiles, [...] de los ‘mariquillas de ahora’: ‘La vanidad de músicas y viales entretiene los afeminados, y los hace vagar al afeite del rostro, al enrizo de los cabellos, al adelgazar la voz, a los melindres y caricias femeniles y al hacerse iguales a las mujeres en delicadezas del cuerpos’ (Maravall, 1998, p. 95).

María de Zayas retrató en ficción una de las primeras historias de homosexuales que se vengaron de una esposa inocente. En tiempos posmodernos tenemos otra apreciación de la diversidad sexual, pero en el Barroco, habría sido un foco de tensiones. En la *novella* “Mal presagio casar lejos”, doña Blanca se casó con un



cruel príncipe cuyo paje Arnesto aterrizó a la mujer tanto como el príncipe. Antes de matarla, doña Blanca entró en el cuarto donde dormía el príncipe:

Vio acostados en la cama a su esposo y a Arnesto, en deleites tan torpes y abominables, que es bajeza, no sólo decirlo, mas pensarlo. [...] se volvió a salir, quedando ellos, no vergonzosos ni pesarosos de que los hubiese visto, sino más descompuestos de alegría, pues con gran risa dijeron:

---Mosca lleva la española (De Zayas, 1993, p. 360).

Al poco tiempo, el príncipe, su padre y Arnesto observaron con felicidad mientras doña Blanca es sangrada hasta la muerte por el sangrador.

Pasiones desbordadas:

El Barroco es una época de extremos, condición que conduce a excesos de ira en las *novellas* de De Zayas. En números pasajes, el amor se convierte en una obsesión letal que, a poco tiempo, se trueca en un odio ponzoñoso. Lo desmesurado, exuberante y frenético son adjetivos que se aplican tanto al amor como al odio. Schiller afirmó que “la belleza es el goce de una gente feliz, los que no se sienten felices buscan alcanzar lo sublime [que] [...] pertenece al linaje de la terribilidad, de la extremosidad, [...] hacia ello empujaría [...] el sentimiento de la infelicidad” (Maravall, 1998, p. 432) que tipifica el Barroco o “el estado de esos españoles del XVII de los que los economistas nos han dicho que andaban fuera del orden natural, alocados, embelesados, en un estado de furor” (Maravall, 1998, p. 434).

En este aspecto, los personajes de las *novellas*, pasan vertiginosamente de un estado al otro. Conjuntamente, sus emociones son exageradamente fuertes y desmesuradas. Expresiones como “reinó en él el demonio”, “hinchó de venenosa furia”, “mortífera rabia”, “furor diabólico”, “ciego de furiosa cólera”, “loco de enojo”, “emponzoñado”, son el denominador común para describir el estado desenfrenado iracundo de los hombres. El amor es también un trastorno emocional. Muchas veces, el amor es de primera vista. Por ejemplo, don Juan ve a Roseleta y se enamoró “tan loco y perdido” que “aventuraba a perder sus honrados designios,



mas la misma vida” pues “no podía frenar con el freno de la razón el desenfrenado caballo de su voluntad” (De Zayas, 1993, p. 203). En otra *novella*, Diego se enamoró de una mujer casada. Entró en un estado de “loca desesperación”, y “[a]maba, [...] sin juicio” (De Zayas, 1993, pp. 266-267). En otras situaciones, los amantes están “locos de contento” o “como fuera de juicio” (De Zayas, 1993, p. 466). En la mitad de las historias, el amante cae en “una peligrosa enfermedad” por el amor. La mujer amada se asusta y le reclama: “vuestro amor deja de serlo, y toca en locura o temeridad” (De Zayas, 1993, pp. 204-208). El amor se metamorfosea fácilmente en odio y es más frecuente en el amor a primera vista. Se describe al inicio que la persona quedó “sin sentidos”, o preso de “el achaque de que había enfermados con su vista” o queda en el corazón “una mortal vasca de ver ya imposible su amor”. Primeramente, la enfermedad es una melancolía que les postra en la cama. Paulatinamente, los sentimientos se describen como una “violencia”. Al final, los sentimientos amorosos se vuelvan peligrosos para el objeto del amor.

Conclusiones:

Por muchas situaciones, el Barroco es un periodo idiosincrásico que se caracterizó por crisis, psicopatía, violencia, arrebatos, y pugnas sociales causadas por un complejo de inseguridad profundamente arraigado. Como su contemporánea, Mariana de Carvajal, María de Zayas escribió una colección de *novellas* costumbristas que reflejan estas enfermedades sociales. Las narradoras intradiegticas tuvieron tres noches para contar historias de desengaños amorosos en espera del matrimonio entre Lisis y Diego. Pero, Lisis parece aprender por las historias de los peligros del matrimonio y decide al final entrar en un convento. Pese a que en la edad moderna temprana, el matrimonio era un estado deseable, *Los desengaños amorosos* han revelado la verdad, y el convento parece un paraíso en comparación con las enfermedades sociales de la época. Gracias a los estudios históricos y los análisis de la vida cotidiana barroca, vemos que las *novellas* son una cartografía de las ansiedades colectivas femeninas.



Bibliografía

De Zayas, María. (1993), *Desengaños amorosos*, ed. A. Yllera, España: Cátedra.

Hare, Robert. (Fall 1999). "Psychopathy as a Risk Factor for Violence", *Psychiatric Quarterly*, Vol. 7, No. 3, 181-197.

Genette, Gérard. (1980). *Narrative Discourse. An Essay in Method*. Trans. Jane Lewin. New York: Cornell University Press.

Maravall, José Antonio. (1998). *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*. Barcelona: Ariel.

Rhodes, Elizabeth. (2011), *Dressed to Kill. Death and Meaning in Zayas's Desengaños*. Canada: University of Toronto.

Ruiz, Teofilo. (2001). *Spanish Society 1400-1600*. Malaysia: Pearson.

